

lismo hay que echar de menos un contexto en el que se podría acertar. Refleja su obra un mundo que estaba económica e institucionalmente desarrollándose pero aún culturalmente pobre. Cuanto más se abunda en la calidad de la obra de Fernández de la Mora, más se percata uno de que se daba en una situación donde el pensamiento ideológico había pasado a ser irrelevante. Hay un abuso interesado del pensamiento por parte del poder, a la vez que se da una descalificación de este completa por parte de la oposición. De ahí no sale propiamente la

comunicación que la vida intelectual necesita. La amplitud y generosidad con que Fernández de la Mora entiende su labor como crítico no resuelve ni podía resolver una situación que atañía al valor de la discusión política del momento. La valoración es justa pero hay que tener en cuenta el carácter artificial de esa situación.

En cualquier caso, estos comentarios no disminuyen el interés de un trabajo bien hecho y que se enmarca con los de Medin entre los que han trabajado mejor la recepción de la obra de Ortega.

ANÁLISIS DE LOS CONCEPTOS ESTÉTICOS ORTEGUIANOS

FERRARI NIETO, Enrique: *Diccionario del pensamiento estético de Ortega y Gasset*. Zaragoza: Mira Editores, 2010, 258 p.

LUIS DE LLERA

El estudio se divide en dos partes. La primera es un análisis de *La deshumanización del arte*, y la segunda, la más extensa, un repertorio de términos escogidos por el autor que serían claves para comprender la estética, con el apoyo de citas orteguianas y comentarios del autor. Las referencias son casi todas extraídas de las *Obras completas*, con algunas referencias a filósofos contemporáneos y pocas a especialistas, de ayer y de hoy, sobre la filosofía y la estética de Ortega. Sin duda el estudio que precede al mini diccionario resulta con creces más útil que el núcleo de volumen dedicado al dicciona-

rio, pues el lector se ve asaltado permanentemente por la duda de si los términos-conceptos elegidos sean los más representativos y porque el mismo método de "rellenar" cada vocablo o entrada es discutible, ya que las citas no hacen referencias a la contextualización histórica, cultural, filosófica o literaria. Por una parte el lector no-especialista se encontrará perdido en la marea de textos sacados de las *Obras completas* sin conocer las circunstancias del cuándo y del dónde de las mismas. Y el investigador o conocedor de Ortega y del orteguismo preferirá ir directamente a los índices analíticos, y de autor, de las recientes *Obras completas* (vol. X de la editorial Taurus).

Creemos que hubiera sido útil revisar los numerosos estudios introductorios y ediciones críticas de *La deshumanización del arte*. Sin ir más lejos el número 2 de la *Revista de Estudios Ortegaianos* contiene tra-

bajos muy significativos y útiles sobre el tema. Nos referimos a «Musicalia». Origen de *La deshumanización del arte* de N. Sesma Landrín; “De una escisión en el orteguismo de los años Veinte” de F. J. Martín; “La ironía del arte” de M. A. Hernández Saavedra; “Deshumanización del arte y humanización de la técnica. A las puertas de un sentimiento/cyborg de la vida” de L. M. Prata Albes Gomes, y por supuesto la monumental biografía sobre Ortega de J. Zamora Bonilla.

El estudio introductorio resulta la parte más valiosa del volumen. El autor ha sabido analizar y describir con profundidad estética y metafísica la visión de Ortega sobre el arte nuevo, cosiendo *La deshumanización* con las otras tres obras fundamentales del primer ciclo orteguiano: *Meditaciones del Quijote*, *El tema de nuestro tiempo* y *La rebelión de las masas*; es decir, la metafísica, la estética y la sociología trabadas por los principios básicos del primer orteguismo: razón vital, yo y mis circunstancias, minorías y masas, además de las más estético-literarias de romanticismo, realismo, arte burgués en contraposición a las de arte nuevo, elitario, minoritario, deshumanizado. Las cuatro obras citadas del primer ciclo orteguiano no son las únicas referencias, pues como escribe E. Ferrari “el modo de presentar su obra en artículos, cursos, conferencias, prólogos, brindis, etc. fragmenta su pensamiento, porque no escribe tratados específicos que puedan servirnos hoy como referencia única para conocer un ámbito de su pensamiento, sino que va insertando puntualizaciones de sus reflexiones en un discurso ininterrumpido, pero forjado con muchos textos breves”. Por nuestra parte aceptamos y respetamos

el método siempre que esté contextualizado en las circunstancias orteguianas vitales y culturales. Es verdad que puede resultar un instrumento útil para evitar la dispersión, sobre todo en las voces del diccionario, siempre que no complicase aún más esta misma dispersión por falta de ilación y coordinación personal, pues para nosotros no basta con el acompañamiento cronológico de cada cita. Repetimos, falta de contexto.

Las páginas mejores del libro las dedica al análisis del arte nuevo y a las diferencias entre esencia y existencia, entre realidad vital y arte. Explica bien el sentido de deshumanización; es decir, no como anti-humano sino como algo que está por encima de la realidad, de la vida mostrenca. Y para ello arranca del rechazo al idealismo racionalista que ha olvidado el valor de lo irreal, del sentimiento, de la imaginación creadora. Superación también de la razón pura kantiana a favor de la razón vital, porque como decía Ortega “la filosofía es consustancial con la vida humana” porque la realidad es inmediata, espontánea y no meditativa ni lógica. Habría, quizás, que añadir a la precedente explicación que Ortega no rechaza sólo el kantismo y el idealismo hegeliano sino que retrocede hasta Descartes para fundamentar la gnoseología no en el pensar sino en la vida misma que es la primera realidad con la que el ser humano topa desde cuando abre los ojos o, para decirlo con otras palabras, en un despertar que conecta instantáneamente con un sentimiento originario y fundamental que nos enlaza con el mundo y con nosotros mismos, pues como dice Ferrari, siguiendo a Ortega, los seres humanos no pensamos

claro pero vemos claro. Y es que la vida es la realidad radical y de ella solo podemos salir, en parte, a través del arte, que, sin rechazarla, la supera porque se aleja del drama de la existencia por la evasión que significa alcanzar un nuevo punto de vista por el cual la búsqueda ironía nos aparta del drama de la existencia. Este es el trabajo de las vanguardias: crear una poesía des-realizada, que recrea y virginitiza el arte cotidiano, manido y burgués. “Porque no se pueden dar simultáneamente la convivencia y la contemplación: no se puede vivir y al mismo tiempo conocer, porque para ser conocida la experiencia vital tiene que ser des-realizada”, y esa es la función, precisamente, del ser ejecutivo y no sólo en la poesía sino también en la novela del grupo *Nova Novarum* –Benjamín Jarnés, Valentín Andrés Álvarez, Francisco Ayala, Rosa Chacel etc.– que tiene como objetivo separarse de la realidad mediante un aparente absurdo que no es otra cosa que la función principal del arte; al contrario de Baroja que veía en la novela la proyección de la vida misma. Porque como repite Ortega vida es una cosa y arte otra. La masa se ajusta a la primera y la minoría lucha por subir a la segunda. El problema que queda, y Ortega no lo resuelve ni Ferrari ofrece ninguna crítica al respecto como tampoco solución al mismo, no es otro que el de la injusticia que produce la teoría orteguiana para la masa, ya que para salir del drama vital de los periodos históricos de crisis –la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias, la Dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República– no queda otra solución que la des-realización del entorno para sumergirse o para alzarse en la torre

de marfil del arte. Está claro que la masa no lo sabe y el burgués tampoco, acostumbrado a confundir arte y vida. “En el otro extremo –escribe Ferrari– el arte nuevo, el que busca presentar el carácter ejecutivo de las cosas, será para Ortega la referencia para dar con una minoría vanguardista, fuera de la masa inerte, capaz de una sensibilidad realmente estética”. Pues la vida produce angustia, tensión, desolación y, en ciertos periodos de la historia, decadencia y crisis. Por estos motivos Ortega se detiene con admiración contenida en las vanguardias, ya que han sabido crear un refugio ante la crisis de Occidente, a la desvertebración social y política.

A Ferrari no le faltan recursos lingüísticos y culturales. Saca a relucir a los pensadores clásicos, medievales, modernos y contemporáneos. Usa el latín y el alemán. Es decir, ejemplo de humanista que ha comprendido la estética de Ortega y la ha explicado, pero, consciente o inconscientemente, ha olvidado circunscribir a Ortega en sus circunstancias históricas y culturales. A este propósito descuida analizar la polémica entre vanguardistas elitistas –creacionismo, futurismo, generación del 27– y vanguardistas comprometidos socialmente, defensores de un arte nuevo, pero preocupado por el entorno de miseria de la masa económicamente pobre. Nos referimos al grupo de colaboradores de la revista *Postguerra* (1927-1928): José Díaz Fernández, Ciges Aparicio, Juan Andrade, Giménez Siles, José Antonio Balbotín; publicación de inspiración marxista creada por casi los mismos autores que dieron vida a Ediciones Oriente, en clara oposición al Occidente de la revis-

ta de Ortega. En 1930 el mismo Díaz Fernández publicó su manifiesto antielitista, llamado *Nuevo Romanticismo*, creando con Antonio Espina y Adolfo Salazar la revista *Nueva España*. Estos breves apuntes, en fin, los proporcionamos para recordar que la mayoría del

grupo, así como su cabeza más visible, José Díaz Fernández, provenían de la tertulia y del círculo de Ortega, separándose después y oponiéndose a las expresiones más íntimamente culturales del primer Ortega, la Residencia de Estudiantes y la Revista de Occidente.

ESPACIOS DE SOCIABILIDAD CULTURAL EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

RIBAGORDA, Álvaro: *Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009, 289 p.

ÁNGEL PERIS SUAY
ORCID: 0000-0003-4579-6746

Madrid fue a comienzo del siglo XX el núcleo político, económico y cultural de España. Sin duda ésta es una afirmación innecesaria por evidente. Pero lo que no es tan evidente es la historia interna, la descripción de la conjunción de instituciones formales e informales, populares y minoritarias, públicas y privadas, que crearon progresiva y, al principio, casi inadvertidamente un ambiente y una vida espiritual capaz de dinamizar y hasta de eclosionar en una de las épocas de mayor creación científica, artística, literaria, y cultural de la historia de nuestro país.

Quizá haya que tocar fondo para empezar a crecer, y es así como la crisis del fin de siglo supuso un reto y un acicate para la transformación política, económica, social y cultural. Ortega, siempre tan certero y escueto en sus análisis lo describe con claridad, la verdadera

crisis española consiste en que en España no ha ocurrido nada, España no ha contribuido en nada a la historia moderna de las ciencias fundamentales, la decadencia consiste en la falta de ciencia. España no es nada, por su alma no han pasado ni Platón, ni Newton, ni Kant. Por eso Ortega, como otros muchos españoles de la época, profesaban un patriotismo del dolor, "la tradición española es un grave dolor que me atormenta". Patriotismo que no vive del pasado, sino que exige escapar de la frivolidad, hostigar el presente para hacer posible el futuro. Para Ortega estaba claro, la reforma vital e institucional del país exigía elevar la cultura. El análisis en 1908 era duro: si miramos una biblioteca pública en Madrid, encontramos que no hay obras de Fichte, apenas hay de Kant, ni de Harnack, ni de Brugmann, en España no hay sombra de ciencia. Ramón y Cajal o Hinojosa, no son un orgullo, son más bien una vergüenza porque son la excepción, son casualidad. Sin embargo, llamaba entonces la atención, hay un buen grupo de jóvenes ilusos y laboriosos, dispuestos a consagrar su vida a la ciencia, sólo necesitan un poco de apoyo

Cómo citar este artículo:

Peris Suay, A. (2011). Espacios de sociabilidad cultural en el primer tercio del siglo XX. Reseña de "Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)" de Álvaro Ribagorda. *Revista de Estudios Orteguianos*, (23), 199-203.
<https://doi.org/10.63487/reo.472>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 23. 2011
noviembre-abril